Apenas se ha levantado Jesús de su primera caída, cuando encuentra a su Madre junto al camino por donde El pasa.

Mira María a Jesús, y Jesús mira a su Madre.

Sus ojos se encuentran, y cada corazón vierte en el otro su propio dolor. El alma de María queda anegada en amargura, en la amargura de Jesucristo.

¡Oh vosotros cuantos pasáis por el camino: mirad y ved si hay dolor comparable a mi dolor! (Lam I,12).

Pero nadie se da cuenta, nadie se fija; sólo Jesús.

Se ha cumplido la profecía de Simeón: ***una espada traspasará tu alma (Lucas II,35).***

En la oscura soledad de la Pasión, Nuestra Señora ofrece a su Hijo un bálsamo de ternura, de unión, de fidelidad; un sí a la voluntad divina. De la mano de María, queremos también consolar a Jesús, aceptando siempre y en todo la Voluntad de su Padre, de nuestro Padre.

Sólo así gustaremos la dulzura de la Cruz de Cristo,

la abrazaremos con la fuerza del amor,

llevándola en triunfo por todos los caminos de la tierra.